

Relinquete me In Pace

Aleix Ciudad Álvarez

*A Katerina, por enseñarme que
Grecia sigue siendo tierra de
personas excepcionales.*

DRAMATIS PERSONAE

CORO DE ESTATUAS

HOMBRE

SEPULTURERO

ENCARGADO

MUJER

JUEZ

ACTO I

ESCENA I

(Cementerio muy olvidado)

CORO- He oído que lo van a traer pronto.

¿Cuándo? ¿Hoy?

No lo creo.

Nuestras sombras son ya muy largas.

Y muy corta nuestra paciencia.

Quizá mañana.

Quizá, pero hay algo que me inquieta.

Algo que me dice que incluso ahora es demasiado tarde.

Explícate mejor.

¿Acaso no os parece extraño que el antes suceda al después?

¿Qué tontería es esa?

¿Nos estás poniendo a prueba?

Intenta hablar con más claridad,

pues los hechos ya son en sí mismos suficientemente oscuros.

Han pasado nueve días desde que cavaron esta tumba.

Diez contando hoy.

Es mucho más de lo que un cadáver puede aguantar.

Cierto.

Aquellos que tan sólo miran lo entierran al día siguiente,

al comprobar que no duerme.

Aquellos que, desprovistos de luz,

conocen el mundo a través de sus manos,

no tardan más de dos días en notar la frialdad de la cera.
Cuando el sol lo toca por tercera vez,
ni siquiera el débil olfato humano queda sin percibir una señal funesta.
Aunque de toda la eternidad dispongan aquellos que sólo escuchan,
pues puede un hombre vivir sin apenas hablar.
Diez días es demasiado, incluso para los maquillajes y perfumes más caros.
Es posible que, quien sea, no haya muerto todavía.
¿Cómo?
Puede que se trate de un enfermo a punto de caer.
No creo que nadie se atreva a semejante cosa.
No sería la primera vez que el que cava la fosa al vivo termina enterrado por aquel al que daba por muerto.
Sí, pero no olvidemos que en otros tiempos hubo quien construía su templo funerario ya en la juventud.
¿Estás de broma?
¿Acaso ves alguna pirámide por aquí?
Hoy en día no se tarda ni dos horas en preparar una tumba.
No es el caso de esta.
Tres días han tardado en cavarla.
Dos en tapiar el interior.
Y cuatro en acolcharla.
Alguien desea que el difunto esté cómodo.
La comodidad es un manto de pinchos para el que no puede levantarse.
¿Y qué me decís de la luz?
Tiene una lámpara dentro.
Y un cerrojo interno.
Todo esto es verdaderamente extraño.
Seguís pasando por alto lo más obvio.
¿Otra vez con tus enigmas?
Habla claro de una vez.
Tenemos ante nosotros una tumba excepcional, no hay duda.
Demasiado acogedora para un muerto.

Excesivamente hostil para un vivo.

Pero lo más llamativo no está en dentro sino en su exterior.

¿Cuánto tiempo lleva ahí esa lápida?

¿Nueve días? ¿Diez?

¿No veis que se trata de una carta sellada antes de ser escrita?

Tiene la fecha de defunción.

Efectivamente.

¿Y se refiere acaso al día en que se grabó?

No.

Es... la fecha de mañana. (Murmuros)

El después precede al antes.

La lápida antes que el muerto.

¿Una defunción programada?

Querrás decir asesinato.

¡Imposible!

¿Acaso acolcharíais el nicho de vuestra víctima?

Para evitar sospechas.

¿Evitar sospechas una tumba así?

No puede ser.

¡Silencio!

Se acerca alguien.

Deben traerlo ya.

Es muy tarde.

La noche no es buena para la sepultura.

Sí para el asesino.

Para él, creo que todavía es temprano.

Por ahí viene.

Es un hombre.

Con una maleta.

Lo conozco. Estuvo aquí el otro día.

¿A qué vendrá?

Queda poco para que cierren.

Ya se acerca.

Viene directo hacia aquí.

Callaos.

Quizá de él obtengamos respuesta a tan inquietantes preguntas.

(Entra un HOMBRE. Saca una llave y abre la lápida. Enciende la luz. Mete sus cosas dentro. Sale. Se oyen pasos. Entra un SEPULTURERO viejo.

Observa la tumba por dentro. Oye cómo se acerca el HOMBRE y se esconde. Llega el HOMBRE y se mete en la tumba cerrando la puerta. El SEPULTURERO sale de su escondite y se va corriendo)

ESCENA II

(Caseta del ENCARGADO. Una mesa y algunas sillas. Todo en mal estado. Escribe a máquina. Suena el teléfono)

ENCARGADO- ¿Sí?

Sí, es aquí.

No, el encargado soy yo.

Desde hace un mes, más o menos.

Murió, pero no sé exactamente de qué.

No, no tuve ocasión de conocerle. (Extrañado)

Lo siento, aún no estoy al corriente de todo, pero no creo que me dejara ninguna nota. Ya he revisado todos los papeles.

Sí, pero a mí no me han...

Ya.

¿Y de qué se trata exactamente?

(Cara de sorpresa. Llaman a la puerta a golpes)

¿Está usted de broma?

¿Por quién me ha tomado?

(La puerta otra vez)

No, no se moleste, no hay nada que pensar. (Cuelga. Llaman con más insistencia)

¡Ya voy!

(Abre. Es el SEPULTURERO, extasiado)

Pase.

SEPULTURERO- ¡No, de prisa, vamos!

ENCARGADO- ¿Qué es lo que pasa?

Parece que haya visto usted un fantasma.

¿Seguro que no quiere entrar y sentarse un poco?

SEPULTURERO- (Cogiéndolo de la muñeca) Venga conmigo.

Debe verlo usted también.

ENCARGADO- (Cogiendo las llaves y apagando la luz)

¿Ver? ¿Ver qué?

SEPULTURERO- No lo sé, señor. No lo sé.

ESCENA III

(Lugar de la lápida. Llegan el ENCARGADO y el SEPULTURERO)

SEPULTURERO- Allí, en esa.

ENCARGADO- Lo que usted me cuenta es imposible.

Esta tumba es para una señora que murió ayer

y a la que enterraremos mañana por la mañana.

Ayer mismo hablé por última vez con su marido,

un hombre un poco excéntrico pero muy agradable.

SEPULTURERO- Esa tumba es algo más que una excentricidad, señor.

ENCARGADO- La petición que nos hizo no es muy convencional, lo admito.

Pero cada cual tiene derecho a enterrarse como quiera,

y no podíamos rechazar unos ingresos que le van a venir muy bien a este sitio.

(Se da cuenta de que el SEPULTURERO intenta forzar la lápida con alguna herramienta)

¿Qué hace?

Apártese de ahí.

Está cerrada con llave y yo tengo la única copia.

Tranquilícese, no hay nadie aquí dentro.

Y no tenga prisa porque mañana sí lo habrá.

(El SEPULTURERO se va sin que el ENCARGADO se dé cuenta)

Con treinta y cinco años ha muerto la pobre.

Ya me dirá usted si no es injusta la vida...

(Se da cuenta. Coge la herramienta olvidada por el SEPULTURERO y se compadece de él. Se marcha)

ESCENA IV

CORO- Lo sucedido no arroja luz sobre los hechos.

Más bien abre nuevas y más difíciles preguntas.

Estamos ante un loco, qué duda cabe.

Debe irse.

Sí, y pronto.

Este no es lugar para él.

No tardarán en llevárselo.

A mí no me parece que estos actos sean los de un loco.

En efecto, tienen tanta cordura como tus palabras.

No es grande el mar para el océano

ni pequeña la hoja para el gusano.

Y sin embargo, es locura la lucidez para el necio

cuando por su necedad debería parecerle lúcido

incluso el delirio de un loco.

Tenemos que esperar para ver cuál es el significado de todo esto.

Estamos hartos de esperar.

Llamémosle y que nos lo explique él mismo.

Estará dormido.

(Riendo) ¡Dudo que un mortal pueda concebir el sueño encerrado por primera vez en un sepulcro!

HOMBRE- Así es.

Aquí no hay quien duerma,

y no precisamente por exceso de silencio.

¿Por qué gritáis de esa manera a estas horas?

¿Estáis celebrando algo?

CORO- Sí.

Tu marcha.

HOMBRE- ¿Os molesta mi compañía?

CORO- Nos inquieta, más bien.

No sabemos qué te propones.

Tampoco por qué estás en esa tumba.

Haz el favor de decirnos quién eres.

Y qué has venido a hacer aquí.

HOMBRE- Hasta ahora las preguntas son fáciles, aunque no más que las respuestas.

Nadie. Y nada.

CORO- No eres nadie.

No quieres nada.

Imposible.

Sólo los que aquí descansan.

Sólo los que ya se fueron.

No son nadie.

Ni nada quieren.

HOMBRE- Estamos de acuerdo.

Únicamente los que estamos muertos.

CORO- ¿Tú?

¿Muerto tú?

HOMBRE- Exacto.

CORO- ¿Pretendes hacernos creer que somos presos del delirio?

No se habla con un muerto.

HOMBRE- Eso depende de lo que signifique esa palabra.

CORO- ¿Nos tomas el pelo?

Explícate mejor.

No creo que seas un difunto

aunque doy fe que tampoco un vivo vulgar.

HOMBRE- ¿Qué entendéis vosotros por difunto?

CORO- ¿Qué clase de pregunta es esa?

¡De ellos estás rodeado!

Cuerpos que se pudren.

Alimento de gusanos.

HOMBRE- Entonces, ¿está viva una momia a la que no devoran los insectos

ni pudre la humedad?

CORO- ¿Estás loco?

Un muerto es un corazón que no late.

Una boca que no habla.

Un alma que se escapa.

HOMBRE- Vaya, vaya.

Así que ignoráis aquello en lo que expertos deberíais ser.

CORO- ¿Qué quieres decir?

HOMBRE- Que no importa si tu corazón no late.

O si habla tu boca.

Ni si tu alma te abandona o te acompaña.

Uno está vivo si pertenece a la lista de los vivos.

Así de sencillo.

Morir no es más que cambiar de lista.

CORO- Y tú...

HOMBRE- ... desde mañana pertenezco a la más numerosa.

Como podéis ver, soy un difunto legal.

CORO- ¡Pero estás vivo!

¿Qué clase de locura es esta?

¿Crees que puedes confundirnos con semejantes razones?

HOMBRE- Debéis ser los únicos que todavía dan más crédito a sus ojos que a un papel.

Ahora estoy vivo, es verdad, pero sólo para mí.

Y eso, ¿a quién puede importarle?

CORO- ¡A todos les importa!

O les importará cuando lo sepan.

HOMBRE- ¿Y si son ellos los que no me importan a mí?

CORO- (Riendo) Eso es algo que ya hemos adivinado hace rato.

(Se mete en la tumba y cierra)

Sin duda es la acción más dura que hemos presenciado en mucho tiempo.

¿Quién sabe las causas que le han encendido un odio semejante?

Cuánta tristeza en sus ojos.

Y cuánto humor derrocha para poder sobrellevarla.

Aguardemos, porque el alba se acerca

y es posible que acontezcan hechos tan notables

como los que ya pertenecen al ayer.

ESCENA V

(Llega el ENCARGADO a la zona de la tumba. Mira a un lado y a otro.

Saca la llave. Intenta abrir la tumba. Cuando estaba a punto de abrir

llega el HOMBRE por un lateral con unas bolsas de supermercado)

ENCARGADO- Buenos días.

Le estaba esperando.

Está todo tal como usted lo pidió.

HOMBRE- Bien.

¿Tiene las llaves?

ENCARGADO- Sí (las saca), son...

HOMBRE- (Cogiéndoselas de la mano) Gracias.

(Llega el SEPULTURERO)

ENCARGADO- ¿Ve usted?

(El HOMBRE va abriendo y metiendo las bolsas dentro)

Este es el hombre del que le hablé ayer.

SEPULTURERO- Yo le hablé de él primero.

(Queriéndole dejar claro quién tenía razón)

¿Y cómo... cómo está su señora?

HOMBRE- Supongo que bien, gracias.

ENCARGADO- Pero... usted me dijo que...

HOMBRE- Sí, pero se despertó y ya ve.

Su salud ha mejorado de repente.

Y ahora sería una pena desaprovechar esta vivienda

con lo que ha costado hacerla.

(Al SEPULTURERO) ¿No es así? (Asiente. El HOMBRE se mete en la tumba)

Así que he decidido morir yo en su lugar.

ENCARGADO- ¿Qué es lo que se propone?

HOMBRE- Quedarme aquí para siempre.

Allá fuera mi vida no tiene sentido.

ENCARGADO- (Nervioso) Tranquilo.

No haga nada de lo que pueda arrepentirse.

La vida no es cruel siempre, y si lo piensa mejor...

HOMBRE- (Interrumpiendo y abriendo la tumba) Tranquilícese usted.

No me voy a suicidar,

y en el caso de hacerlo le aseguro que

es uno de esos actos de los cuales no se arrepiente uno fácilmente.

ENCARGADO- En ese caso lamento tener que decirle que un vivo sólo puede estar aquí como visitante.

HOMBRE- No se apure. No vamos a romper las reglas.

Considérelo una visita un poco larga.

ENCARGADO- ¡No puedo dejar que viva aquí!

¿Es que no lo entiende?

HOMBRE- Claro que lo entiendo.

Pero le repito que mi estancia aquí es legal.

ENCARGADO- Me abruma usted.

No sé qué decir.

HOMBRE- (Busca algo en la tumba) Pues no diga nada, hombre, no diga nada.

Y lea esto, le aclarará sus dudas.

ENCARGADO- (Leyendo) ¿Qué demonios es?

HOMBRE- ¿No lo ve?

¡Un certificado de defunción!

Según el cual fallecí esta madrugada de forma inesperada por insuficiencia cardiaca.

Bla bla blá, bla bla blá, bla bla blá.

Viernes, dieciocho de julio del... (Se lo va a quitar pero...)

ENCARGADO- Firmado por... ¡usted mismo!

HOMBRE- Exacto.

Es un hombre observador.

ENCARGADO- No puede uno firmarse su propio certificado de defunción.

HOMBRE- ¿Cómo que no?

Soy médico, bueno, lo era hasta ayer y mientras firmé el documento.

SEPULTURERO- Pero entonces lo firmó antes de morir.

ENCARGADO- Sí, y le repito que es ilegal.

HOMBRE- No si tiene en cuenta que lo firmé justo cuando me dio el infarto.

No podía hacerlo antes porque era ilegal como usted bien dice, y tampoco era posible una vez muerto, eso es obvio.

Así que justo mientras me llevaba una mano al corazón, por el dolor, (lo hace)

con la otra firmaba el certificado (lo hace),

lo cual hace que no haya ninguna trampa en él.

ENCARGADO- Muy ingenioso.

Sabe usted cómo dejar a alguien sin respuesta.

SEPULTURERO- Pero su infarto no dio resultado.

Su corazón sigue en marcha.

HOMBRE- ¡Veo que usted también es muy observador!

ENCARGADO- No sé qué motivos le han traído hasta aquí,

pero este papel no será válido en cuanto otro médico vea que está como un roble.

HOMBRE- No olvide que para anular este papelito hace falta que el primer firmante admita por escrito su error en el diagnóstico.

ENCARGADO- ¿Y qué problema hay?

HOMBRE- El pobre murió esta madrugada.

(Le muestra el papel) De insuficiencia cardiaca.

ENCARGADO- Basta.

Esto no tiene ninguna gracia.

Haga el favor de salir de ahí y no me obligue a llamar a la policía.

(Suena su móvil)

HOMBRE- No hará falta.

Parece que ya lo llaman a usted.

(El ENCARGADO se va aparte. Al SEPULTURERO.

Oiga, ¿quién se encarga aquí de las plantas?

SEPULTURERO- Servidor.

HOMBRE- Y... ¿qué es lo que siembra?

SEPULTURERO- Normalmente son plantas salvajes.

Se siembran solas.

Yo sólo las cuido un poco.

(Le da semillas)

HOMBRE- ¿Le importaría sembrar un poco de esto?

SEPULTURERO- En absoluto.

Aquí hay espacio de sobra.

Y no vendría mal sacar un poco de provecho a esta tierra.

HOMBRE- Si salen bien le daré una parte.

Le doy mi palabra.

(El SEPULTURERO asiente. Coge las semillas y se las guarda. Vuelve el ENCARGADO, enfadado y hablando por el teléfono)

ENCARGADO- Deje ya de hablar de dinero.

No pienso hacer lo que dice.

¡Me da igual lo que hiciera el encargado anterior!

Le he dicho que no y es que no.

(Cuelga. Al HOMBRE)

Oiga, venga, déjese de bromas.

Salga de ahí. (Le extiende la mano. El HOMBRE cierra la puerta. El

ENCARGADO busca en vano la llave en su bolsillo)

Abra esa puerta o...

HOMBRE- (Desde dentro) ¿O qué?

ENCARGADO- O me verá obligado a romperla.

HOMBRE- ¿Va usted a exhumarme?

ENCARGADO- No, voy a denunciarle si no se va por las buenas.

HOMBRE- No se puede denunciar a un muerto sin riesgo de ingresar en un manicomio.

ENCARGADO- ¡Abra esta lápida, maldita sea!

(La golpea)

HOMBRE- Oiga, ¿trata así a todos sus clientes?

ENCARGADO- Sólo a los vivos.

HOMBRE- Pruebe con los muertos, entonces.

Se le quejarán menos.

ENCARGADO- Muy bien.

Quédese ahí.

No es mi trabajo sacar a locos de una tumba.

Ya lo hará la policía por mí.

HOMBRE- ¿Y qué les dirá?

¿Esa tumba habla y además me insulta?

No se juegue el puesto, hombre,

y empiece a gastar todo el dinero que le he dado.

ENCARGADO- Váyase al infierno. (Se va)

HOMBRE- Debe saber que el infierno es exactamente el lugar del que vengo.

CORO- ¡Ay, qué osadía la de este hombre!

Pretender desafiar las reglas.

Y peor aún, querer salirse de ellas.

¡Ay, cuánta valentía!

Y cuánta inocencia.

Los hombres condenan al desertor con menos clemencia que al asesino.

Vendrán a por él.

Aunque deban romper sus leyes

y poner otras en su lugar.

¡Ay, qué desventura le espera!

¡Cuánto ingenio para inventar una huída

habiendo sólo una manera efectiva de escapar!

Pero este hombre, qué aferrado está a la vida.

¿Qué otra razón, si no, le empuja a hacer todo esto?

¡Ay, pobre de aquel que pretende eludir a la multitud,

porque esta nunca perdona a los que a ella renuncian!

ACTO II

ESCENA I

(Una MUJER camina desde el fondo del teatro hacia el escenario. De luto no riguroso. Viene leyendo un papel gastado y llorado)

MUJER- ¿Cuál es entre todos los animales,
aquel que, viviendo tras nacer,
debe morir para vivir hasta el día en que la vida
vuelva a él ya sin fuerza y como despedida?
Este es el enigma que debes comprender para comprenderme.
Esta es la adivinanza que no debes adivinar,
pues el acto que estoy a punto de llevar a cabo
no es sino el castigo por haber hallado su solución.
He trabajado una tierra cuyos frutos me estaban vedados.
He ganado dinero gastando únicamente las fuerzas de poder disfrutarlo.
He soñado mucho y dormido poco.
He sido honrado con todos pero, ¿de qué sirve eso si no soy capaz de
serlo conmigo?
Me he traicionado casi sin darme cuenta.
¡Dime, si no, qué clase de existencia es aquella que se levanta antes que
el sol
y se acuesta después!
No es la vida lo que me quito,
sino aquello que me privó de poder quitármela.

Ahora te imagino de pie sobre mi tumba.

Releyendo estas torpes excusas y preguntándote inútilmente
en qué medida podías haber cambiado algo.

Tan sólo te pido que intentes perdonarme,
aunque sea el perdón algo tan necio como la culpa.
Si lo haces algún día, no importa cuándo,
vuelve por última vez a esta ciudad de mármol.
Rompe el papel que ahora tienes entre tus manos
y márchate olvidando a quien lo escribió.
Dolorosas son siempre las cartas de un cobarde,
pues en ellas se desbocan las verdades escondidas.
(Rompe la carta lentamente)
Aquí esparzo tus palabras, como querías.
Algunas sin acabarlas de entender.
Otras, sin quererlas haber entendido.
No sé si podré perdonarte.
Quizás algún día, si lo hacen nuestros hijos,
a los que no mencionas en tu despedida
y en los que no pareces haber pensado al suicidarte.
Nada más.
Podría estar aquí años explicándote las penas
que nos has hecho vivir durante sólo un mes.
Pero lo que pueda decir me lo he dicho millones de veces
y tú no puedes escucharlo ni siquiera una.
(Se va)

ESCENA II

(Sale el HOMBRE de la tumba y recoge los pedazos de papel)

HOMBRE- Por fin.

Creí que nunca lo haría.

CORO- ¿A qué te refieres?

HOMBRE- A ella. A mi exmujer.

Se va definitivamente.

CORO- ¿Y es eso motivo de alegría?

HOMBRE- Por supuesto.

Ya no tendré que esconderme cada dos por tres

ni aguantar que lea una y otra vez esa estúpida carta que, como sabéis, tuve que enviarle para que dejara de venir por aquí. No os lo vais a creer pero ya me estaban saliendo manchas de humedad en el techo con tanto llanto.

CORO- Duras palabras para una carne tan blanda.

Nunca había visto una actitud semejante.

Has destrozado a esa mujer.

Y a aquellos niños que vinieron al funeral y que nos prometiste que no eran tuyos.

HOMBRE- Se recuperarán.

CORO- Hay daños que no cicatrizan nunca.

HOMBRE- Pues peor para ellos.

CORO- ¿Podemos saber qué graves daños te han causado para que reciban un castigo tan ejemplar?

HOMBRE- No es siempre el dolor un fruto del castigo.

Aún cuando ese dolor sea después castigado.

CORO- No hables de dolor, pues vemos que es una sensación para la que estás discapacitado.

HOMBRE- Menos. Mucho menos de lo que imagináis.

CORO- Entonces ¿cómo puedes quedar impasible ante el llanto que día tras día hemos tenido que presenciar y que casi acaba disolviendo nuestros cuerpos de piedra?

HOMBRE- Por la misma razón que un mago no se asombra al ver a otro realizando trucos que conoce de sobra.

No es el inmune el que se ríe del dolor sino el que más lo ha soportado.

CORO- Si tan experto eres deberías entonces ponerte en su situación.

Alguien que entiende el dolor propio también debe entender el ajeno.

HOMBRE- ¿Para qué?

CORO- Para que por un momento veas lo repugnante que llegas a ser.

HOMBRE- No soy un hombre agradable.

Acepto la crítica.

Pero...

CORO- ¡No se trata de aceptar nada!

¿De qué sirve admitir un error si no se corrigen sus consecuencias?

HOMBRE- ¿A qué os referís?

CORO- A que podías haber dejado a tu mujer sin necesidad de armar esta comedia.

HOMBRE- Hay cosas que no deshacen recorriendo el camino inverso.

CORO- No hace falta que vuelvas al altar, pero sí al lugar donde os quitaréis los anillos.

HOMBRE- Esa es sólo una de las cadenas.

CORO- Las que tú mismo has forjado.

HOMBRE- Las que me he dejado forjar.

CORO- No importa cómo haya sido.

HOMBRE- ¿Cómo que no importa?

¿Acaso creéis que si llego a saber lo que se escondía detrás las hubiera aceptado?

CORO- Nadie te obligó a aceptarlas.

Ahora debes cargar con algunas de ellas.

Las verdaderamente importantes.

HOMBRE- ¿Y qué pasa si no lo hago?

CORO- ¡Ah, pobre necio!

No eres el primer hombre en querer salir de su propio laberinto.

Nadie ha podido hasta ahora

y tú no serás el primero en conseguirlo.

Pensarás cómo has llegado a tanta complicación con lo sencillos que son tus impulsos.

Cómo el sexo se te hizo amor.

Cómo el hambre se te hizo tiempo.

¿Cómo puede un hilo casi invisible retorcerse y anudarse hasta convertirse en una trampa mortal?

Pero no puede la primera columna escapar

sin que se le caiga encima todo lo que soporta.

Tus hijos no te pidieron que les trajeras al mundo.

¿Ahora los abandonas y los dejas en la miseria?

Pues bien.

No te sorprendas si en poco tiempo vuelves a compartir
techo con ellos,

porque aquí, salvo tú,

vienen solamente los que no tienen otro remedio.

HOMBRE- Muy bien.

Muy bien.

Habéis visto mi peor cara.

Pero no os sorprendáis vosotros tampoco

sin en el futuro os acaba pareciendo inofensiva

al conocer a otras, mejor escondidas,

pero letales de verdad.

ESCENA III

(La MUJER y el ENCARGADO en la caseta)

ENCARGADO- Es una lástima que no me crea.

Aunque no puedo negar que sea increíble.

MUJER- Le ruego que no siga con eso.

Por favor.

(Suena el teléfono. El ENCARGADO lo mira asustado. No lo coge y sigue
sonando. Esperan. Deja de sonar)

MUJER- Me gustaría ver los papeles que firmó mi marido.

Supongo que lo arregló todo él mismo.

ENCARGADO- En efecto.

Ahora se los enseño.

Pero hágame caso. Esos papeles son... sólo papeles.

MUJER- No empiece otra vez con lo de ese hombre.

Lleva usted un mes contándome lo mismo.

ENCARGADO- Yo se lo demostraría si pudiera.

Pero sabe esconderse cuando viene usted.

MUJER- ¿Pero es que acaso conoció usted a mi marido, eh?

¿Sabe qué clase de hombre era?

¡A la vista está que no, porque de lo contrario no lo confundiría con ese loco lamentable del que no para de hablarme!

(Teléfono. El ENCARGADO lo descuelga y rápidamente lo vuelve a colgar).

ENCARGADO- Lo siento.

No pretendía molestarle.

Disculpe mi torpeza.

(Se va a por el papel).

MUJER- No es usted el primer torpe que me pide que le perdone.

ENCARGADO- Este es el papel, ¿ve?

Su marido compró la tumba y el terreno.

(Ella mira los papeles con tristeza. Él la mira con compasión).

No era la opción más barata

pero sin duda no quiso dejarle a usted problemas.

MUJER- (Amarga) ¿Usted cree?

(Lee) Según esto, tengo que pagar el mantenimiento cada...

ENCARGADO- (Interrumpiendo) Déjeme ver. (Coge el papel. Mira a la MUJER).

Debe tratarse de un error.

Ya ha pagado usted bastante.

ESCENA IV

(Llega el SEPULTURERO con un saco)

SEPULTURERO- Buenas tardes, señor.

Aquí le traigo la primera recolecta.

(Saca unas patatas)

¿No son hermosas?

HOMBRE- Tan hermosas como imposibles.

(Coge un libro de su tumba)

Me trae usted (busca en el libro) unos frutos

que deberían ser no más que brotes.

Según esto, no ha pasado todavía ni la mitad del tiempo necesario.

SEPULTURERO- Tenga en cuenta que esta tierra no es como las demás.

HOMBRE- ¿Ah, no?

¿Y qué es lo que tiene de especial?

SEPULTURERO- El abono, señor. El abono.

No olvide qué clase de lugar es este.

HOMBRE- (Observando la recolecta) Es increíble.

Donde más presente se hace la muerte
más rápido brota la vida.

SEPULTURERO- Y con más fuerza.

Observe. (Le enseña un buen ejemplar y lo huele)

HOMBRE- Realmente asombroso.

SEPULTURERO- Me prometió usted una parte...

HOMBRE- No se preocupe.

Soy un hombre de palabra.

CORO- (Con fuerza) Para ser de palabra deberías empezar
por aprender a ser un hombre.

HOMBRE- (Al SEPULTURERO) Tenga.

(Le da una gran parte)

SEPULTURERO- Gracias, señor.

Le traeré más cuando pueda.

CORO- Date cuenta de cómo esclavizas todo lo que te rodea.

HOMBRE- Ahora márchese.

Tengo cosas que hacer.

CORO- ¿Y qué es lo que tiene que hacer el señor?

(El SEPULTURERO se va pero queda escondido tras alguna piedra)

¿Cómo no le has dicho que te haga también de cocinero?

Él te dará las gracias si le dejas las sobras.

HOMBRE- De momento sois vosotros los que me vais a hacer un favor.

(Coge la recolecta)

CORO- ¿Nosotros?

¿Y cómo estás tan seguro de que aceptaremos?

HOMBRE- (Golpea la base de una estatua)

No hace falta que aceptéis.

En mi casa no me cabrá todo esto

así que necesito que me hagáis de despensa.

(Sigue golpeando. El SEPULTURERO observa intranquilo)

CORO- ¡Eso!

Profana todo lo que encuentres a tu paso.

Incluso aquellos que todavía se dignan a hablar contigo.

Así.

Haznos pedazos.

Conviértenos en útiles.

(El SEPULTURERO no aguanta más y corre hacia el HOMBRE)

SEPULTURERO- ¡Señor!

¡Señor!

¿Cree usted que es buena idea romper eso?

HOMBRE- Necesito un sitio donde guardar la comida.

SEPULTURERO- (Cogiendo patatas) Yo se las guardaré en mi caseta.

(El HOMBRE le coge del brazo)

HOMBRE- Las guardaremos aquí ¿me oye?

¡Y ayúdeme!

SEPULTURERO- Sí... sí señor.

CORO- (Intentando enloquecer al HOMBRE) ¡Muy bien!

¡Así es como debes tratarlo!

Que nadie se interponga en tu camino.

Haz que te respeten.

No sea que se tuerzan tus planes.

¡Debes imponer tus deseos sobre todo lo que te rodea!

(El HOMBRE y el SEPULTURERO se afanan por guardarlo todo y romper más bases)

Recuerda que la ley no es más que la voluntad del más fuerte.

Y si no mira al pobre tonto.

Mira cómo te obedece.

Observa con qué afán hace aquello que no quiere.

Y todo por que tú se lo has dicho.

¿Que está aterrorizado?

¡Eso qué más da!

Lo importante es que ahí sigue.

Ayudándote a morir.

Porque no ve otra cosa que muerte en tu mirada.

HOMBRE- ¿Os callaréis de una vez?

CORO- Él sabe que hacia ella te precipitas.

Pero no se atreve a pararte.

HOMBRE- ¡Silencio!

CORO- No podría aunque quisiera.

HOMBRE- ¡Silencio he dicho!

(Pausa. Al SEPULTURERO)

¿Por qué me está ayudando?

Sea sincero y dígamelo.

¿Por qué me ayuda sabiendo que no debe?

SEPULTURERO- No lo sé, señor.

Es usted bueno conmigo.

CORO- ¡Eso es lo que yo llamo un buen esclavo!

HOMBRE- ¿De veras lo dice?

SEPULTURERO- No me gusta mentir, señor.

HOMBRE- En ese caso le ruego que me perdone.

(Empieza a sacar las cosas)

Esto no debería haberlo hecho.

Afortunadamente, no todos los caminos son irreversibles.

Guardemos esto en su caseta, si no le importa.

SEPULTURERO- Le prometo no coger nada para mí.

HOMBRE- Coja lo que necesite.

Pero lléveselo antes que nos descubran.

Y hágame el favor de venir mañana con un poco de yeso para arreglar esto.

SEPULTURERO- Sí, eso sería lo mejor.

HOMBRE- Tenga cuidado.

(Se va el SEPULTURERO)

Y en cuanto a vosotros...

No sé si pretendéis ayudarme
o simplemente volverme loco.

Pero quiero que sepáis que no tengo intención de dejarme
arrastrar a ninguna muerte inmediata.

CORO- No es de tus intenciones de lo que dudamos.

HOMBRE- Arrastrarme y dejarme arrastrar
ha sido lo que he hecho siempre.

No he nadado más a que a favor de la corriente.

CORO- Has seguido fiel tu destino.

HOMBRE- ¡Destino!

Esa es la palabra con la que uno aprende a sonreír
al comerse su propia mierda.

Pero eso se acabó.

Hace ya un tiempo que he dejado de seguirlo.

Es más, cada paso que avanzo en contra de ese destino
más me doy cuenta de que estoy siendo fiel a mi voluntad.

¡Se acabó el destino para mí
y para todos los que como yo
deciden tomar su propio mando!

ESCENA V

(Sale la MUJER de un escondite. Habla aparte)

MUJER- Así que es cierto, después de todo,
que ni has muerto ni tienes intención de hacerlo.
Está bien.

Disfruta todo lo que quieras
mientras yo te dejo en paz.

Pero no te demores en saborear tu tiempo
porque no tendrás más que el que me lleve a mí
en encontrar la manera de hacértelo pagar.

Esta vez no pienso suplicarte como tantas otras veces.

Tampoco iré más a llorar sobre tu tumba.

Ahora me voy.

No vas a probar todavía el veneno
que ya hierve dentro de mí.
Prefiero esperar hasta saber cómo hacer bebértelo todo.

ACTO III

ESCENA I

(Concierto para piano de Mozart [El 21 es un buen ejemplo aunque ninguno sería inapropiado. El HOMBRE sentado al sol leyendo la última página de un libro. Acaba. Lo cierra con gran satisfacción. Está más moreno. Sus ropas más roídas pero su aspecto es muy bueno. Se levanta y danza entre las estatuas. Hace como que dirige la orquesta y que toca el piano. Sin que él lo vea llega el ENCARGADO y lo observa. Le para el disco interrumpiendo bruscamente la música y el éxtasis del HOMBRE. El HOMBRE se gira hacia el ENCARGADO)

ENCARGADO- (Sin malicia) ¿No se cansa nunca de blasfemar contra este lugar?

HOMBRE- Sólo lo sagrado es susceptible de blasfemia
y no hay nada por aquí que lo sea,
exceptuando esa música que acaba de interrumpir.
Además, sabe usted que últimamente respeto los horarios.
Todavía falta una hora para abrir.

¿A qué viene tanto madrugar hoy?

ENCARGADO- No madruga quien no ha podido gozar antes del sueño.

HOMBRE- ¿Ha trasnochado usted?

ENCARGADO- De eso quería hablarle.

No quiero que discutamos hoy.

He venido antes porque tengo un problema
y necesito que me dé su opinión.

HOMBRE- Adelante. Le escucho.

ENCARGADO- Hace ya dos meses que recibo llamadas
de una empresa de cosmética.

Por lo visto estaban en contacto

con el que ocupaba antes mi puesto.

HOMBRE- No se extrañe.

Muchos hombres se preocupan por su cutis.

ENCARGADO- Me dijeron que usan no sé qué sustancia de los ojos para muchos de sus productos.

Y me ofrecieron una suma de dinero cada vez mayor por suministrárselo.

Por supuesto me negué a hacerlo incluso cuando la oferta llegó a cantidades capaces de hacer temblar al menos corrupto de los hombres.

Pero al cabo de un tiempo ya no hablaban de dinero y lo único que crecían eran sus amenazas.

Ya no pasaban cinco minutos sin que sonara el teléfono.

Hasta el otro día, desde el que no han vuelto a llamar.

HOMBRE- Le felicito.

Ha logrado disuadirlos.

ENCARGADO- Más bien todo lo contrario.

Me han dado un ultimátum.

Si no les consigo unos pares de ojos para antes de mañana me han prometido venir a por los míos.

HOMBRE- Y claro, no ha podido pegar ojo...

ENCARGADO- No sé qué hacer.

HOMBRE- ¿Y por qué me lo cuenta?

¿Acaso pretende arrancármelos a mí?

ENCARGADO- Usted es el único, por diversos motivos, con el que se puede hablar aquí.

HOMBRE- ¿No ha llamado a la policía?

ENCARGADO- No, eso nunca.

HOMBRE- Pues entonces haga lo que le piden.

ENCARGADO- ¿Lo dice en serio?

HOMBRE- Sí, hombre, sí.

Lo malo es que el humor vítreo de los ojos se descompone rápidamente

y sólo podrá aprovechar cadáveres recientes.

¿Cuántos novatos han llegado en los últimos dos días?

ENCARGADO- Seis.

HOMBRE- ¡Imagínese!

¡Doce ojos preciosos!

Ande, vaya usted y saque una buena paga extra.

ENCARGADO- No estoy seguro de poder hacerlo.

HOMBRE- ¿Qué problema hay?

Los cadáveres son su materia prima
igual que lo eran para mí.

FUNCIONARIO- No era usted un buen médico, entonces.

HOMBRE- Más bien era forense.

Y le aseguro que es bien fácil arrancar esas canicas.

Ya verá. Le enseñaré a hacerlo.

Elija un voluntario.

ENCARGADO- No sé.

Aquel mismo.

HOMBRE- Ábrala entonces.

(La empieza a abrir)

Con el éxito de público que tuvo, el pobre,
no creo que ofendamos a nadie haciendo esto.

Mire, es muy fácil.

Se ponen los dedos así ¿ve?

Vaya usted haciendo lo mismo en el otro ojo.

Le levanta con la otra mano el párpado y...

(Hunde la mano rápidamente)

Ya está. Traiga ahora unas tijeras.

(Va a por unas. El HOMBRE repite el proceso en el otro ojo. Vuelve el
ENCARGADO con ellas, una bolsa, un trapo y una carta)

ENCARGADO- Tenga.

(Corta y saca los ojos)

HOMBRE- Listo.

Ya ve que no es tan terrible.

Al fin y al cabo se trata de desmejorar a unos para poner guapos a otros.

ENCARGADO- No sé si será tan fácil para mí.

HOMBRE- No se preocupe.

Esta noche venga a buscarme.

Usted exhuma y yo arranco.

¿Le parece bien?

Ya verá lo bien que duerme luego.

ENCARGADO- Es usted muy amable.

No sé cómo agradecerérselo.

HOMBRE- No lo haga entonces.

ENCARGADO- Por supuesto que lo haré.

Nos repartiremos el dinero a partes iguales.

No crea que soy un tacaño.

HOMBRE- Diciendo eso demuestra usted no entender en absoluto las razones por las cuales estoy aquí.

Si quiere compensarme,

hágalo dejándome escuchar esta música

que es para mí más valiosa que todo el dinero del mundo.

ENCARGADO- Está bien.

Después de todo no le hace daño a nadie.

Muchas gracias otra vez.

ENCARGADO- De nada, hombre,

y corra a poner eso en el congelador

o el olor lo delatará.

¡Váyase con mucho ojo!

ENCARGADO- (Sonríe. El HOMBRE vuelve a poner la música)

No se preocupe.

(Se va a ir pero...)

Ah, lo olvidaba.

Han traído esta carta para usted.

(El HOMBRE la coge con preocupación. La abre apresuradamente. El

ENCARGADO se va)

ESCENA II

(El HOMBRE lee la carta para sí mientras sigue la música. Preocupado, la detiene)

CORO- Explícanos qué dice esa carta
cuya gravedad está fuera de toda duda.

Has cortado tu música preferida.

No cortes también tu respiración.

Háblanos.

Te ayudaremos cuanto podamos.

Recobra el aliento.

Dinos qué pasa.

HOMBRE- Nada todavía.

Pero pasará.

CORO- ¿Qué?

HOMBRE- Esta tarde.

A última hora.

CORO- Explícate.

¿Qué sucederá esta tarde?

HOMBRE- Moriré.

(Pausa. El CORO murmura)

CORO- Imposible.

Tú ya estás muerto.

Sólo no lo estás para ti.

Y para nosotros.

¿Pero eso a quién le importa?

HOMBRE- Esta vez moriré de verdad.

Incinerado.

CORO- No es posible.

¿Quién se atrevería a hacer eso?

HOMBRE- Es una orden judicial.

No hay nada que hacer.

CORO- Recurre la sentencia.

HOMBRE- No olvidéis que un muerto
no puede participar oficialmente en nada.

CORO- Así es,

y por la misma razón no puede tampoco recibir una orden judicial.

HOMBRE- Según esto,

soy propiedad de mi exmujer,

lo que le da derecho a hacer lo que le plazca conmigo.

CORO- ¿Y es eso lo que le place?

¿Quemarte?

Eso ya pertenece a otra época.

HOMBRE- Alega que necesita dinero para los niños.

Y que vende esta plaza en el cementerio para

darme un tipo de sepultura más económica.

CORO- Se trata, no hay duda, de un chantaje.

HOMBRE- Imposible.

Ella no sabe la verdad.

Nunca me llegó a descubrir ¿recordáis?

CORO- No seas tan inocente.

¿Qué clase de juez enviaría, si no, una copia de la orden
a la tumba?

Alguien se lo habrá dicho.

HOMBRE- (Leyendo) Mis cenizas serán esparcidas por el mar.

CORO- Quieren que vuelvas.

HOMBRE- Y yo odio el mar.

CORO- Que vuelvas a su mundo.

HOMBRE- Sobretudo por la noche.

CORO- Y que mueras entre ellos.

HOMBRE- ¡Y ella sabe que lo odio!

CORO- Debes pensar en algo.

No puede caer tan rápido lo que ha tardado tanto en alzarse.

HOMBRE- ¿Estáis seguros?

¿No habéis visto nunca con qué facilidad
se tala un árbol centenario?

¿O cómo se abate un elefante en menos de un segundo?

CORO- No nos gustaría ver algo así nunca.

HOMBRE- Ese es el mundo del que vengo.

Un enjambre de hombres y mujeres que siendo pequeños
pueden acabar con lo más grande.

Y lo que es peor, disfrutan con ello
al creerse superiores a lo que derriban.

CORO- Hablas con sabiduría.

Pero tú aún no has caído.

HOMBRE- En efecto.

Caeré esta tarde.

CORO- No si haces algo para impedirlo.

HOMBRE- Es fácil decirlo.

CORO- Escapa.

Estás a tiempo.

Huye lejos de aquí.

HOMBRE- El mismo sol brilla a la vez en sitios que no pueden verse
entre ellos.

No existe lugar en el que no me encuentre con los mismos problemas.

CORO- Entonces escóndete.

Por unos días.

HOMBRE- Me acabarán encontrando.

CORO- Pon otro cadáver en tu tumba.

Se llevarán una gran sorpresa.

HOMBRE- Os sorprenderíais vosotros al saber
hasta dónde ha llegado la ciencia.

No funcionará.

CORO- Entonces...

HOMBRE- Entonces...

CORO- No te queda otro remedio.

HOMBRE- Más bien dos.

Morir en la hoguera o volver con ellos.

CORO- Esos todavía no cuentan.

Ella es la única que puede hacerte eso ¿no?

HOMBRE- Supongo que sí.

CORO- Mátala entonces.

Así no tendrá poder sobre ti.

Volveréis a compartir cama, eso será lo único.

Pero después de todo lo que llevas encima
no parece una mala opción.

HOMBRE- No tengo intención de huir.

Ni de esconderme, ni de dejar huérfanos
a dos miserables.

Es cierto que no he mostrado muchos escrúpulos
pero tampoco soy violento.

Y ante una cosa así...

La justicia me echaría las manos encima
aún a costa de romper sus leyes.

No quiero pasar por nada de eso.

Lo único que quiero es seguir aquí con esta vida
en la que no molesto a nadie
y en la que estoy siendo un poco feliz por primera vez.

Que me dejen en paz.

¿Tan difícil de entender es eso?

CORO- Tanto como perdonar a un inocente,
por mucha culpa que tenga.

ESCENA III

(El HOMBRE, agitado, entra y sale buscando cosas)

CORO- El cielo empieza a enrojecer.

El sol ya se esconde tras las ramas más altas.

El murmullo de rosarios se hace cada vez más débil.

Se acercan hacia aquí todos los crepúsculos,
precipitándose tan sólo uno.

Se despide el día de aquellos que no amanecerán más.

Porque hoy todo suceso,
des del más grave hasta el más leve,
se viste de último.

(Entra el HOMBRE de nuevo con cables y una pila)

¿Sabes ya cómo salir de esta?

HOMBRE- Busco más bien cómo hacer que salgan los demás.

CORO- No te queda mucho tiempo.

HOMBRE- Di más bien que no me queda nada.

Acabo de ver entrar a mi mujer y a otro hombre
hablando con el encargado.

CORO- Ya están aquí.

¿Tienes algo preparado?

HOMBRE- No tengo nada.

Esa debe ser mi mejor arma.

(Abre la tumba)

No debe un hombre abandonar su paso una vez que lo encuentra,

(Mira los cables)

aunque tenga siempre una puerta a su lado por si acaso.

(Va a meterse pero llegan la MUJER, el ENCARGADO y un JUEZ vestido
de paisano)

ESCENA IV

MUJER- No entres allí donde mereces permanecer.

HOMBRE- Deberías haberme dicho eso
antes de dejar que subiera al altar.

MUJER- Entonces tú no eras tú
y yo, afortunadamente, no era yo.

HOMBRE- Pronto lo empezaste a ser.

MUJER- Al menos no cambié de la noche a la mañana,
si es que no has estado años fingiendo que me querías, claro.

HOMBRE- No se puede querer lo que tienes encima noche y día.
Sólo los perros aman a quien les encadena.

(Pausa. La MUJER queda dolida)

Eso, a lloriquear.

Siempre se te ha dado bien.

Deberías saber que sólo llora aquel que no tiene suficiente fuerza para reír.

(Ríe)

¡Para reír de dolor, porque no es el que gime el que más sufrimientos soporta!

JUEZ- ¿Ha leído la sentencia?

HOMBRE- ¿Sentencia?

¿Quién eres tú?

JUEZ- Soy quien dictó eso que conoce de sobras y que ahora finge ignorar.

HOMBRE- Así que eres tú el inquisidor.

El que quiere llevarme a la hoguera.

JUEZ- Antes que nada...

HOMBRE- ¡Con lo buen católico que soy yo!

(Se arrodilla ante el JUEZ lloriqueando)

Mira, señor juez, yo no he hecho nada malo.

No me gusta la magia y no tengo gatos.

¿Por qué me quieres quemar?

¡A ver! ¿Por qué? (Patalea)

(Se le acerca y habla bajito, en tono confidencial. Mirando y señalando al cielo)

A mí me da igual quién gira y quién está en el centro...

JUEZ- Deberíamos razonar un poco primero ¿no cree?

HOMBRE- Razona, razona.

JUEZ- Si no me equivoco

firmó usted un certificado de defunción que...

HOMBRE- No, hombre, no te equivocas.

Ya sabemos todos qué es lo que hice.

Pasemos a lo que hayas hecho tú con esa de ahí.

(Al CORO) Eso ya no lo tenemos tan claro ¿verdad?

CORO- (Al HOMBRE) No deberías provocar a un juez de esa manera.
Lo puedes pagar caro.

HOMBRE- Nada de lo que haga a partir de ahora me saldrá barato.
(Los demás contemplan al HOMBRE al ver que habla con las estatuas)

CORO- Entonces adelante.
No seremos nosotros los que alteremos tu paso.

JUEZ- Lo que hizo usted no queda dentro de los límites legales.

HOMBRE- Tampoco fuera.

JUEZ- (Pausa) Exacto.

Ha conseguido situarse justo en la frontera,
y eso es lo que me ha hecho venir en persona.

HOMBRE- ¿Para qué?

¿Para quemarme con tus propias manos?

JUEZ- Hemos venido a negociar con usted.

HOMBRE- ¿Negociar?

CORO- ¡Chantaje!

¡Ya te lo habíamos dicho!

HOMBRE- Esperad, quizás aún pueda sacarles algo.

No necesita chantajear el que lo tiene todo a su favor.

(Al JUEZ) ¿Qué clase de negocio?

JUEZ- La situación no es fácil para nadie aquí.

Ni siquiera para mí.

Así que llegados hasta este punto
hemos de rogarle que abandone este juego
y vuelva a su vida anterior.

HOMBRE- Ni lo soñéis.

JUEZ- No habrá cargos contra usted si lo hace.

Ese es el trato.

HOMBRE- Pero habrá otras cargas peores, créeme.

JUEZ- Podrá divorciarse de su mujer,
yo mismo lo arreglaré.

Y será readmitido en su trabajo.

HOMBRE- ¿No tendré que pagarle nada?

JUEZ- Se divorciaría de ella, no de sus hijos.

Debería habérselo pensado mejor antes de “fabricarlos”.

(Pausa. El HOMBRE duda)

CORO- ¡Carroñeros!

Lo están confundiendo.

Miradlo.

Las dudas se le clavan como inyecciones de morfina.

¡Ánimo!

No te quedes callado.

Si vacilas te saltarán al cuello.

Ese hombre sabe lo que quiere

y está esperando a que caigas rendido.

No ignora que llevas luchando mucho tiempo

y que tarde o temprano caerás agotado.

¿Vas a permitir que te venzan ahora?

HOMBRE- No, pero...

CORO- No tienes tiempo para peros.

No te caigas ahora.

Debes mantener tu paso.

¿Acaso no conoces mejor que nadie cuál es el tipo de hombre

con el que ni la justicia sabe qué hacer?

Hace un momento lo estabas siendo.

¿Verdad que no lo ignoras?

¡Adelante pues!

JUEZ- ¿Y bien?

HOMBRE- ¿Y bien qué?

(El JUEZ saca un papel)

JUEZ- ¿Firmará usted esta renuncia a su propio certificado de defunción?

HOMBRE- Está bien.

(Pausa)

Dámelo.

(Lo lee detenidamente. Luego mira a los demás. Finalmente lo rompe en pedazos. Se los da al juez)

Ten.

Espero que te sirva esta firma, porque no tengo un bolígrafo por aquí.

JUEZ- Creí que era usted más razonable.

HOMBRE- (Con la mirada perdida)

¿Acaso no te gusta mi firma?

(El JUEZ no sabe qué contestar. El HOMBRE adopta un tono infantil)

¡No le ha gustado mi firma!

(Al CORO) ¿Habéis visto alguna vez

a un hombre tan ingrato?

Dice que viene a verme en persona porque es admirador mío.

Luego me pide un autógrafo,

se lo doy... ¡y lo rompe en pedazos!

(Al JUEZ) ¿Qué pasa?

¿Que quieres otro?

¡Pues no hay problema!

(Rompe los pedazos en pedacitos)

¡Tantos como quieras!

¡Para que no digan que no soy generoso!

(A la MUJER) ¿Y tú?

¿También quieres uno?

¿No estás un poco mayorcita para estas cosas?

(Ella está estupefacta. Él le acaricia la cabeza)

Pero tranquila, no llores.

Que te lo voy a dar.

(Saca un bolígrafo del bolsillo y le pinta en el brazo)

Aunque a ti no sé si te lo daré gratis. (Le coge de los pechos. Lo apartan de ella)

¿Quién más quiere uno?

¿Quién quiere el autógrafo de un muerto?

(A una estatua del CORO)

¿Tú? ¿Que es para tu sobrina?

Muy bien.

(Le pinta en la base)

JUEZ- (A la MUJER)

Señora, ya ve cuál es el estado de su marido.

No creo que ningún psiquiatra se resista a diagnosticarle alguna alteración grave.

(La MUJER intenta hablar pero no puede. No deja de mirar al HOMBRE mientras este sigue firmándole a todos. También al SEPULTURERO, al que descubre escondido)

No podrá sacar nada de alguien en ese estado.

Más bien al contrario.

Pagar una clínica será un gasto

que deberá usted asumir si conseguimos que firme la renuncia.

Queda, por lo tanto, en sus manos

el futuro de este hombre.

Puede forzarlo a volver con la orden de incineración.

Acabará firmando si llamo a un par de agentes,

pero irá directo a un centro psiquiátrico, ya le aviso.

También, si quiere, puede dejarlo en paz.

Y que siga muerto hasta que le llegue su verdadera hora.

Piénselo bien.

(Pausa)

MUJER- (Con dificultad)

Es posible que no ayude a mis hijos a crecer

pero se equivoca diciendo que no ganaré nada.

JUEZ- ¿Qué es lo que puede sacar encerrando a un pobre loco?

MUJER- Usted es juez y sabe mucho más que yo de las leyes de este país,

pero las que rigen mi corazón...

Esas... no podría comprenderlas nunca.

Haga el favor de proceder con la orden.

(Pausa)

JUEZ- Como diga.

Llamaré a una patrulla. (Se aparta un poco a llamar por el móvil)

HOMBRE- ¡Maldita arpía!

Yo sí que conozco esas leyes.

No son otras que las de la venganza.

MUJER- ¿Y qué te pensabas?

¿Que te ibas a salir con la tuya?

No me vas a engañar otra vez.

Habrás cambiado mucho desde entonces

pero no dejas de ser el amargado que siempre has sido.

Ahora te van a sacar de aquí y me da igual donde te lleven.

Has convertido mi vida en un infierno y

lo menos que puedo hacer es arrastrarte conmigo.

(Vuelve el JUEZ)

JUEZ- Estarán aquí en cinco minutos.

ESCENA V

(El HOMBRE se mete rápido en la tumba y cierra con llave. El JUEZ intenta abrir)

JUEZ- Abra usted ahora mismo.

HOMBRE- (Siempre desde dentro)

¡Dejad en paz a un pobre muerto!

JUEZ- (Al ENCARGADO) ¿A qué espera?

¡Abra la lápida!

ENCARGADO- Es que... tiene una cerradura...

JUEZ- ¡Ya veo que tiene cerradura!

¿No tiene la llave?

ENCARGADO- No.

JUEZ- Así que no conoce bien sus obligaciones.

Tomo nota de esto.

ENCARGADO- Él tiene la única copia.

JUEZ- ¡Pues rompa, maldita sea! ¡Rompa la lápida!

ENCARGADO- S... sí.

(Intenta forzarla, pero sin mucha convicción. El SEPULTURERO, nervioso, sale de su escondite)

SEPULTURERO- Oiga. Señor.

Señor, ¿cree que es buena idea romper eso?

JUEZ- ¿Quién es usted?

ENCARGADO- Es el sepulturero.

JUEZ- ¿Y a qué espera a ejercer su oficio?

¡Rompa la tumba!

SEPULTURERO- Ese no es mi oficio, señor.

JUEZ- (Violento) ¡Aquí nadie está ejerciendo hoy su verdadero oficio!

Haga lo que le digo o me verá obligado a realizar el mío.

SEPULTURERO- Sí, señor.

HOMBRE- No hace falta que rompáis nada.

No encontraréis más que a un cadáver.

JUEZ- Ya cansa usted siempre con la misma broma.

HOMBRE- Ya me gustaría poder bromear,
pero no me estáis dejando muchas opciones.

JUEZ- No lo haga.

No sea cobarde.

HOMBRE- Valentía es lo que me hace falta.

JUEZ- (Al ENCARGADO y al SEPULTURERO) ¿Qué pasa?

¿No pueden ir todavía más despacio?

¡Quítense del medio!

¡Yo la abriré!

(Golpea con dureza)

HOMBRE- Tengo aquí una pila, dos trozos de cable y dos agujas.

JUEZ- Dígame qué más cosas tiene ahí adentro.

HOMBRE- Conecto un extremo de cada cable a los terminales de la pila
En el otro extremo, engancho las agujas.

JUEZ- Muy interesante.

Podrá usted hacer tantos circuitos eléctricos como quiera cuando salga.

HOMBRE- (Muy nervioso) Ahora cojo una aguja en cada mano.

No me pasará nada porque la piel humana es muy resistente.

Pero si me clavo las agujas...

Lo suficiente para que traspasen por debajo de la grasa...

Entonces me circulará la corriente por todo el cuerpo.

Con tal intensidad que el olor a quemado llegará a vosotros antes que vosotros a mí.

JUEZ- No entiendo mucho de electricidad, pero no haga eso que dice, hombre.

HOMBRE- Entonces deja de llamar a la puerta.

No estoy para ti.

JUEZ- Lo siento.

No me queda otra opción.

HOMBRE- ¡Pues adelante!

Aquí le espero.

Entra a martillazos.

Seguro que son más placenteros que los que das habitualmente.

¡Este es el rostro de la verdadera justicia!

Pero esta vez la primera aguja será más rápida que el martillo.

Aaaaaahhh

(El JUEZ se da más prisa)

¿Cuáles serán mis palabras antes de clavarme la segunda?

¿Debería decir algo especial

o cualquier discurso es recordado sólo por el hecho de ser el último?

¿Por qué nadie me contesta?

¿Acaso es que no me oyen?

Bien.

Entonces de nada sirven las palabras.

Mejor despedirme escuchando algo grande

que hablando a quien no tiene oídos

nada más que para lo pequeño.

(Pone otra vez la música. Deja pasar un tiempo. Se oye un pequeño grito. El JUEZ deja de golpear. Todos se miran entre ellos y finalmente miran la tumba. La MUJER y el JUEZ inexpresivos. El ENCARGADO y el SEPULTURERO visiblemente afectados)

CORO- Hay uno entre todos los animales
que, viviendo tras nacer,
debe morir para vivir
hasta el día en que la vida vuelva a él
ya como ironía crepuscular.

Pero...

¿Cuál es, entre todos los de esa especie,
aquel que, encontrando la vida allí donde actúa la muerte,
se la acaba quitando no huyendo de ella
sino de aquellos que la secan con aires de inmortalidad?

Aquí hemos visto ese animal,
necio y noble al mismo tiempo,
intentando bailar sobre la frontera
y forzado a caer prefiriendo al final tirarse él mismo
sobre el lado más tranquilo.

Ahora todos permanecen alrededor.

Pensando más en sus muertes futuras
que en la que acaban de presenciar
y que no es más que un anticipo de lo que les espera.

Estos hechos, aún siendo tan notables,
no resonarán igual en todas las almas.

Aquellos que tan sólo miran

los olvidarán el primer día al creer que a todo sueño le sucede un
despertar.

(Se va el JUEZ)

Aquellos que, desprovistos de luz,
conocen el mundo a través de sus manos,
no tardarán más de dos días en recuperarse de la frialdad de la cera.

(Se va la MUJER)

Cuando el sol se filtre por tercera vez entre sus grietas,
el débil olfato humano ya no será capaz de distinguir el hedor de la
muerte.

(Se va el ENCARGADO)

Aunque de toda la eternidad dispongan aquellos que sólo escuchan,
pues puede un hombre vivir sin apenas hablar.
(Permanece el SEPULTURERO junto a la tumba)

FIN